

cuestas y los llevaron hasta que, no pudiendo ir más adelante con ellos, hicieron ciertas balsas y por el río abajo fueron á dar á la mar, donde las canoas iban, que no fué poca dicha.

Caminando adelante, siempre huyendo por mar y á veces y las más por tierra, llegaron á tierra del Cacique Chame, que como estaba de sus obras informado, les ocurrió con su gente desnuda y desarmada, puesto que con sus armas de varas y piedras, y hizo una raya jurando y protestando que los había á todos de matar si de allí pasaban, pero que él les mandaría dar lo que hobiesen menester y en abundancia. Ellos que traían más ganas de comer y descansar que de pelear, recogieronse á la costa de la mar, y él les mandó proveer y fueron proveídos de cuanto en la tierra había, como si estuvieran en sus casas; y porque llegaron en parage de la isla llamada Otroque, que está en la mar dentro, creo que 10 ó 12 leguas, de que había gran fama ser rica de perlas y oro, como por el buen tratamiento y provision que el cacique Chame les hacía, tuviesen allí algun poco de reposo, no dejó perder aquel tiempo y pasarlo en ocio al Gonzalo de Badajoz su ferviente y desatinada codicia de robar, porque pospuesta la cura y salud de los muchos heridos que iban en las canoas, hácelos allí desembarcar y entra en ellas con 40 otros ladrones de los más sanos, y pasa á robar y destruir la dicha isla, la cual estaba en su paz. Dando de noche sobre ellos, prendió luego al Cacique; los indios, creyendo que eran otros indios sus enemigos, que habían pasado de la tierra firme, armáronse contra ellos, pero cuando se vieron desbarrigar y cortar por medio con las espadas, cognoscieron que otros de mayores ó de más recias armas los maltrataban, y luego, los que pudieron, dieron á huir. Rescatóse el Cacique por cierta cantidad de oro, no supe cuanto, y dejélos Badajoz así lastimados, y tornóse á donde los heridos había dejado.

Pasando adelante, como luego voló la fama que venían desbaratados, todos se atrevían á ayudar por acaballos, y llegando á la tierra de Tabóga, salió con obra de 300 hombres, y peleó con los nuestros por un buen rato, y al fin pasaron adelante, y entrando en el señorío de Perequete hizo lo mismo, pero, lastimándolos mucho con las espadas, hiriendo y matándolos, desembarazaron la pasada. Llegando que llegaron á un ancon que hace por aquella

costa la tierra en la mar, que llamaron el Ancon de las Almejas, de donde se ve la isla de Tabóga, la sílaba del medio lengua, que podrá estar ocho ó diez leguas en la mar, tomóle su codicia á Badajoz, que lo traía atraillado, y determinó de pasar también á ella por deshollinar el oro y perlas que haber en ella estimaba. Entra en las canoas y saltea la isla de Tabóga, estando todos los vecinos della, y prende al Rey ó señor della, y habidas sus primeras batalluelas con los indios, que son como escaramuzas de niños siempre por la mayor parte, al cabo el Cacique suelto, y por miedo ó por vergüenza todos asegurados, estúyose allí treinta días á todo su placer holgándose; y allí acabaron de sanar los que traía heridos, y con 7,000 pesos de oro y muchas y finas perlas dadas y robadas, se volvió á la tierra firme para proseguir é acabar para el Darien su jornada. Deste Badajoz dice Tobilla, que escribió parte deste su viaje, siendo seglar, y que después anduvo en los robos y destrucción en parte de aquellas regiones, á los dichos semejantes, entre tanto Badajoz con 40 compañeros pasó á robar la ínsula de Otroque: "Traían tanto estruendo de robar la riqueza que estos insulanos, sin daño de nadie, tenían, que recogidos mas de 200 dellos, creyeron ser sus enemigos de la tierra firme, acudieron á herillos." Dice también más abajo: "Cosa brava era la codicia deste caudillo español, pues, en medio de la persecucion con que huía, viendo desde el Ancon de las Almejas la ínsula de Tabóga, pasó contra ella por el maldito oro, etc., etc." Estas, en forma, son sus palabras, sin añadir ni quitar alguna.

Salido á la tierra firme, como dicho es, fué á dar en los pueblos del cacique Chepo, en los cuales robó y prendió muchas mujeres y hijos de los naturales, y quizá también suyos, el cual, estando ellos partiendo su cabalgada, vino con su gente y dió en ellos con gran ímpetu, y hirió algunos y mató á Alonso Perez de la Rúa, porque pagase la prision de Natá y las tiranías que por allí hizo, como en el capítulo 68 queda relatado. Temiendo Badajoz que tornase sobre él, se dió prisa con la cabalgada de salir de aquellos límites, dejando los pueblos de allí, por tomalles sus mujeres y hijos, tan lastimados, entró en las términos de Tubanamá y Pocososa, los cuales halló todos despoblados, por andar por ellos el licenciado Espinosa, haciendo estragos, por mandado del Sr. Pedrá-

rias. Finalmente, llegó al Darien Badajoz y el resto de la gente española que le había quedado, y entró en la villa, sin dalle el triunfo de lo que había ganado, ántes con harta vergüenza y aun lástima de su corazón, por la gran suma de oro y perlas que Paris con tanto daño le había tomado, y con no ménos tormento de Pedrárias, y de todos los del Darien, de que supieron su desastre. Acuérdome que aquel año que dije de 518, que todos nos hallamos en Zaragoza, era público entre todos los que idos destas Indias allí estaban, que había dicho el obispo de Búrgos, Fonseca, (que, como se ha escrito muchas veces, era el que todas las Indias meneaba y gobernaba), al Gonzalo de Badajoz, que merecía que el Rey le cortara la cabeza, porque había perdido aquellos 100,000 y tantos castellanos que había tomado, los cuales ya pertenecían á España. ¡Mirad qué insensibilidad del señor Obispo D. Juan Rodriguez de Fonseca, cómo se dolía de de los escándalos, robos, muertes y infamia de la fé y religion cristiana que había hecho en aquel camino con perdición de tantas ánimas! y esto bien se lo mostraba el Obispo á Badajoz porque yo le vide andar hartó pobre, desfavorecido, arrastrado tras el Obispo, y desventurado, y que no osaba mirar al Obispo en la cara, ni el Obispo á él lo miraba.

CAPITULO LXXII.

* Sale Pedrárias con el pretexto de ir á hacer la guerra á Pocososa y otros señores, á buscar á Francisco Becerra.—Averigua su muerte.—Manda al licenciado Espinosa que vaya á destruir á sangre y fuego la provincia de Pocososa.—Hace construir una fortaleza y se torna al Darien.—Envía á Valenzuela con 130 hombres de refuerzo á Espinosa.—Crueldades que éste cometió en la tierra de Comogre y Pocososa.—De la notable carta que sobre esto escribió fray Francisco de Sant Roman, la cual fué mostrada por las Casas al gran Canciller.—Prosigue Espinosa su obra de destrucción encaminándose á la tierra de Cutara.

Después que Pedrárias despachó á Gonzalo de Badajoz, cuya historia hemos contado, siempre tenia cuidado de la muerte ó vida de Francisco Becerra, y estaba dudoso que fuese verdad lo que dél le había

dicho el muchacho, y, con esta duda y deseo de saber la verdad, determinó de ir él mismo á buscallo, ó al ménos saber lo cierto de su tardanza; pero porque ninguno de los del Darien osaba pensar en ir á Urbá ni hácia el Cenú, por miedo de la hierba, que en un momento los heridos con ella mataba, por lo cual todos habían de rehusar la jornada, quiso por esta cautela engañarlos y así sacarlos. Mandó apregonar guerra contra Pocososa y otros señores de aquellas provincias, y sus gentes, á fuego y á sangre, como á gentes rebeladas, cosa muy al sabor de todos los del Darien, y que deseaban. Nótese aquí, por los prudentes y que fueren cristianos, con qué título y causa se podía decir ser Pocososa y sus gentes y los demas rebeldes, siendo señores naturales de aquellas tierras y no se haber sometido á ninguno del mundo, ni aun pudiéndolo hacer sin voluntad de los pueblos, ni consentimiento dellos, que cualquiera de las partes, sin aceptación de la otra, si lo hiciera, caían en mal caso como arriba se ha declarado; y en esto han errado enormísimamente los Consejos del Rey, despachando algunas provisiones contra los indios, que, sin haber oido palabra, estando de guerra, defendiéndose de los españoles y de sus crueldades, de rebeldes los notaban, teniendo en sus mismas leyes comunes y en sus doctores legistas que ninguno que no haya sido súbdito puede ser dicho rebelde, ni de rebelión notado. Item, se debe notar, que aunque fuera cierto que aquellas gentes se hobieran jurídicamente sometido al imperio de los Reyes de Castilla (lo cual nunca en todas las Indias fué verdad), habiendo rescibido el rey Pocososa y sus gentes, y los demas, tan grandes y tan irreparables daños, y males de Juan de Ayora y de los otros, sobre haber hecho tantas y tan buenas obras á Vasco Nuñez y á sus secuaces, como parece en el cap. 61, ¿porque estuviesen puestos en armas y matasen á cuantos españoles pudiesen matar, podían llamarse rebeldes y alzados? Pero ya queda dicho en muchos lugares la causa de estos hierros, que fué la gran ceguedad del Consejo siendo obligados á no lo ignorar. Así que, oido el pregon, todos se holgaron por la esperanza, que luego se prometieron, de robar el oro que creían tener aquellos señores, y por hacer esclavos, y así se ofrecieron á ir con él 300 ó más hombres; y embarcados en tres ó cuatro navíos, vueltas las proas hacia el Poniente, hasta que fué de noche, porque los pilotos

iban de Pedrarias avisados, dieron la vuelta donde Pedrarias deseaba, y ántes del día entraron en Caribana 200 hombres, con un Capitan llamado fulano Hurtado, que Pedrarias mandó desembarcar. Estos dan en los pueblos, poniendo fuego á las casas, como se ha dicho que acostumbraban, y saliendo los indios que estaban durmiendo, medio quemados ó chamuscados, los mataban, pero los indios toman sus arcos y vienen á ellos; ellos, temiendo la hierba, huyen con gran celeridad á meterse en las naos. No supe si alguno dellos quedó allá, ó de alguna flecha vino inficionado. Ciertas personas tomaron presas, de las cuales supo Pedrarias lo cierto de la muerte de Francisco Becerra y los demas, la cual acaeció de la misma manera que habia contado el muchacho.

Perdido el cuidado de Francisco Becerra, Pedrarias dió la vuelta para la costa de la tierra firme abajo, y á las 60 leguas, que está el puerto de Acla, saltó en tierra con toda la gente, y desde allí mandó al licenciado Espinosa que tomase 300 hombres y los caballos, y fuese á destruir con fuego y sangre la provincia de Pocorosa. Partido el licenciado Espinosa, Pedrarias mandó hacer una fortaleza de tierra y madera, y él mismo era el primero que á los trabajos ponía la mano, por lo cual todos los que con él quedaron á hacer lo mismo se animaron. Esta fortaleza hizo para que los españoles que anduviesen aquellas estaciones, cuando viniesen huyendo, se mamparasen, ó viniendo cansados descansasen y se recreasen. Cayó allí mal dispuesto de las partes secretas Pedrarias, por cuya causa se volvió al Darien, dejando por Capitan á un Gabriel de Rojas, en su lugar, allí en Acla. Llegado Pedrarias al Darien, llegó luego Badajoz, el cual, en velle, rescibió harto mal tártago por tan gran suma de oro como perdida dejaba; determinaba de ir él en persona, pero á la sazón llegó el Dean de la iglesia Catedral del Darien, que habia el licenciado Espinosa consigo llevado, el cual, de partes del dicho licenciado, le dijo como iba sin parar á recobrar la tal pérdida, por eso que su señoría le enviase más socorro con brevedad, que él esperaba en Dios de todo cobrallo. Porque no haya delito ni pecado en que los hombres pecadores no presuman de hacer su compañero á Dios, manifiesto es como los ladrones y los que van á adular se santiguan y hacen la cruz, y van tambien con devoción rezando, porque con el hurto ó en los deli-

tos no sean tomados. Holgóse dello Pedrarias y proveyó luego que fuesen á alcanzarlo 130 hombres, y á un Valenzuela por capitan dellos, puesto que Badajoz clamaba que á él pertenecía ir aquella jornada, pero no quiso Pedrarias; el cual se fué por la isla que se nombraba de Bastimentos, y allí saltó cien indios y indias, porque por mal hacer no quedase nada. Mandó Pedrarias que de secreto tocasen con el navío en que iban en las peñas, porque saltando en tierra mala quizá la gente no se tornase. Va el licenciado Espinosa su camino, para mostrar que las letras no embotaban la lanza, y que no solo letrado pero Capitan merecia ser de muchos soldados, y llegado á la tierra de Comogre y Pocorosa, que tan bien habian siempre á los españoles hospedado, los indios de aquellas provincias entendiendo á lo que iban, procuraron para su defensa juntarse; serian hasta 3,000 desnudos, con sus palos por armas, los que salieron á resistillos, pero desque vieron los caballos que nunca vieron antes, desmayaron, y desapareidos cada cual huyendo trabajaba de salvarse; á los cuales aprovechó poco, porque dan tras ellos los de caballo, y dellos á lanzadas, y dellos atajándolos, para que llegasen los de pie con las espadas, fueron muy pocos los que dellos, de muertos ó captivos, se escaparon. Hicieron más nuestros cristianos, que á muchos aperearon echando á los perros que los despedazasen, otros Espinosa mandó ahorcar, á otros cortar las narices, y á otros las manos, de manera que en pocos dias que anduvo Espinosa por aquella comarca, cuasi toda la destruyó, que no dejó, al ménos no parecia, viva alma; fué el espíritu Espinosa de Pedrarias y el furor de Dios encerrado en ambos.

En esta jornada iba con Espinosa y esta gente un religioso de Sant Francisco, llamado fray Francisco de Sant Roman; éste escribió una carta al padre fray Pedro de Córdoba que en esta isla estaba, de quien arriba queda mucho tratado y se tratará, que por amor de Dios hablase e hiciese conciencia á los religiosos de Sant Hierónimo, que habian venido á esta isla entonces á reformar estas partes, sobre que proveyesen de remedio para aquella tierra firme, que la destruian aquellos tiranos, y esta carta me dió á mí el dicho Padre, varon sancto, y la llevé á Castilla, para á quien conviniese mostralla, y despues, el año de 18, salió de la tierra firme y fué á España el dicho padre fray Francisco de Sant Roman,

y, llegado á Sevilla, afirmó en el colegio de Sancto Tomás, de la orden de Sancto Domingo, que allí está, que habia visto por sus ojos meter á espada y echar á perros bravos, en este viaje de Espinosa, sobre 40.000 ánimas. Y estando la corte en Zaragoza, el año 18, me lo escribieron á mí por esta misma manera los dichos colegiales, y llevé la carta á mostrar al gran Canciller, á quien por entonces el Rey D. Carlos (como placiendo á Dios se dirá mas largo) habia dado cargo del remedio y reformation destas Indias, y él me encargó que de su parte visitase al obispo de Burgos, que á la sazón estaba enfermo, y le mostrase la dicha carta, cuasi como que se reconociese y aún confundiese por haber mal gobernado estas tierras, porque habian pasado muchas y notables cosas sobre esta materia. Yo lo hice así, vi-títelo de su parte y mostréle la carta, y respondiome: "Decid á su señoría que ya le hé yo dicho, que es bien que echemos aquel hombre de allí." Esto dijo por Pedrarias. Así que fueron extrañas las matanzas y destrucciones y número de esclavos, que aquel licenciado Espinosa en aquella su salida hizo; por lo referido y por lo que se referirá, será lo dicho bien entendido.

Destruído Comogre y Pocorosa y todos los demás de aquellas provincias, pasó Espinosa, y con él el espíritu de Pedrarias, á la tierra del cacique Chirú, y por tomar desconfiado al cacique Natá y prendelle, fué adelante con la mitad de la gente, y dió en su pueblo de noche, y huyó el Cacique, recogió su gente y vino á resistirles con grande alarido, pero vistos los caballos que nunca habian vido, pensando que los habian de despedazar y comellos, pónense todos en huida. Mandó luego hacer Espinosa en la plaza del pueblo un palenque de madera, que para contra indios era como Salsas para contra franceses; viendo el triste Natá que allí hacian asiento y que no bastaban ya sus fuerzas para resistirles, vino sin armas á poner en su poder acompañado con unos pocos de indios. Teniendo nuevas de dónde y cómo estaba el Cacique Escolia, envió á un Bartolomé Hurtado, con 50 hombres, para que de noche lo saltase y prendiese; y así lo hizo. Estos así tenidos, el uno preso, y el otro á más no poder venido, dejó las espaldas seguras, y caminó para la tierra de Cutara ó Paris, y llegó á un rio de Cocavira, donde le decian que tenia el oro á legado que habian tomado á Badajoz para restituírselo, porque, diz

que, le decian sus mujeres que, por volver á lo cobrar, los cristianos habian de destruirle. Iba Diego Albitez, con 90 hombres, delante descubriendo la tierra, y vido estar á la entrada de un monte obra de 20 indios con sus armillas, y arremetió á herillos, los indios pelearon contra ellos varonilmente, aunque desgarrados con las espadas. Salen luego del monte, á lo que juzgaban, sobre 4.000 indios, y el cacique Paris ó Cutara delante dellos, con grandísima grita; dan los unos en los otros y matan dellos con las espadas muchos, y ellos hieren de los nuestros no pocos; unas veces les retraian hasta el monte, otras los indios ganábanles tierra, hasta que Espinosa con todo su caudal de gente vino, pero luego que vieron los caballos y soltaron los perros, no quedó hombre, que como si vieran al mismo diablo, que no huiese.

CAPITULO LXXIII.

* Juntase Valenzuela con Espinosa.—Recobran oro que á Badajoz habia sido quitado.—Tórnanse al Darien.—Palabras de Tobilla sobre las fechorías de Espinosa.—Alegría que recibió Pedrarias y los demas que tenian parte.—Expedición de Hernan Ponce.

Seguió Valenzuela con sus 130 hombres tras Espinosa, por montes y valles, con grandes trabajos, sin saber donde andaba, los cuales, yendo muy affigidos y desconsolados, un dia en un monte ó zabana toparon con estiercol de caballos, el cual, segun se dijo, por la grande alegría que de vello rescibieron, todos lo besaron. Desde á pocos dias tiraron una noche ciertas escopetas que llevaban, y oyólo Bartolomé Hurtado, que habia enviado Espinosa á robar comida y todo lo demas que les faltaba, estado la tierra de Paris, como toda la gente de la provincia andaba, huyendo y puesta en armas. Fué Hurtado al sonido de las escopetas, y finalmente se encontraron, y fué inestimable el gozo que unos de otros recobraron. Fueron á juntarse todos con Espinosa, donde de principio lo renovaron, estimando que ya eran tan poderosos que, para resistirles cosa que quisiesen acometer, toda la gente de la tierra firme no bastaba. Tenian nueva que en el pueblo ó tierra del cacique Quema, que debía ser vasa-

llo de Paris, tenía el oro que había tomado á Badajoz, guardado, para lo cual mandó Espinosa á Diego Albitez que con 60 hombres fuese á buscallo; salieron á resistir los súbditos de Quema, muy feroces, haciendo de sus alharacas, pero Diego Albitez díjoles que no venían á hacelles mal, sino á tratar amistad con ellos, por tanto que dejasen las armas. Persuadidos por sus palabras, creyeronlo y vinieron luego dellos tres capitanes sin armas; rescebidos con amor y placer, preguntóles que dónde estaba ó tenían el oro que Paris á Badajoz había tomado, dijeron que no sabían y que no tenían tal, llevólos consigo á Espinosa, el cual, interrogándolos con dulces palabras, y ellos negando, no supe que los atormentasen, pero era esto tan ordinario que ninguna duda me quedó de que á tormentos les hicieron decir dónde el oro estaba. Envió con ellos 20 hombres, y, en obra de dos horas, tornaron con el oro llenas cinco petacas; díjose que cabrían en ellas 80.000 castellanos. Todavía Espinosa, deseoso de haber lo que faltaba, pasó adelante á la tierra del cacique Chicacotra, donde no menos estragos creo que hizo, según la costumbre y fin que llevaba. Estuvo por allí hasta que pasaron todas las aguas, que es, como se dijo, el invierno de aquella patria, porque hallaron en aquella provincia de bastimentos grande abundancia; de donde comenzó á poner en obra su tornada para el Darien, con su presa tan deseada y amada.

Trujo, como dije, 80.000 pesos de oro de lo que Badajoz había robado, y Cutara ó Paris le había justamente despojado, por entonces bien, según creo, faltaron más de 50.000 castellanos, de los cuales, después, más de los 30.000 se recobraron, como se dirá, y al cabo no dudo todos no haberse escapado de nuestras manos. Trujo también consigo Espinosa y metió en el Darien más de 2.000 esclavos, con la justicia hechos que andaba las gentes pacíficas, quietas en sus casas, inquietando, robando y cruelmente matando. Y para que esto así parezca, sin que de mí solo salga, quiero aquí referir las palabras que Tobilla dice, seglar, y uno dellos, que anduvo después en aquellos pasos, como dije, y que asaz favorece aquellas entradas, en una historia que quiso hacer y llamó Barbárica, y que parece haber muerto en aquella simplicidad no sancta. Este dice así hablando de Espinosa en aquella jornada, y tocando de los esclavos: "Traia largos.....

2.000 captivos, que, para llevarlos los mercaderes á la Española, valían entonces muchos dineros, de donde nació la tan presta como miserable caída que estas infinitas gentes dieron, pues, con la codicia del mucho oro que por ellos en el Darien los tractantes les daban, todo el tiempo que fuera de sus muros se veían, así al de paz como al de guerra ponían en hierros; andando tan sin freno esta osadía entre los compañeros y los mismos Capitanes, que así compraban las mercaderías con sus apriionadas gargantas, como si fueran la misma moneda, sin haber ninguno de tanta consciencia que se parase á mirar si era esclavo justamente, aunque según la injusticia con que todos lo eran, bastaba saber que la codicia causaba su cautiverio, no embargante que para mí tengo no ser menos excusa el ejemplo que Pedrarias les daba, pues en su mayor contentamiento jugaba al ajedrez la libertad de aquellos más que miserables." Estas son palabras de Tobilla formales.

Jugaba Pedrarias sus 50 y 100 esclavos, y quizá 500, como otros Gobernadores después hicieron, por ventura por su ejemplo, de los que le habían de caer de su parte, que había de enviar á saltar. Llegó pues el licenciado Espinosa con el oro recobrado, y tantas gentes hombres y mujeres, niños y muchachos como corderos atraillados, al lugar donde se habían al oro ó dinero de sacrificar, gimiendo y llorando, que en vellos bien pudiera cualquiera hombre de razón tener motivo de llorar, dejando 40.000 ánimas en los infiernos plantadas. Llegó Diego Espinosa, de las dichas hazañas autor, al Darien muy triunfante; el gozo y alegría que rescibió Pedrarias, y el regocijo de todos los demas que tenían en ello todas parte, aunque entrase con ellos el señor Obispo y clérigo ó clérigos que iban en la compañía, bien se puede adivinar. Solo el triste de Badajoz debió quedar sin parte, pues anduvo en la corte cuando dije con harta necesidad, y entonces, de verse quedar con los trabajos solos y del oro tan sin medrar, debiera irse á Castilla desganado. Verdad es que tenía con que bien se consolar cuando pensase, que no solamente ante el juicio de Dios le habían de ser demandados las muertes, escándalos, males y daños, y aborrecimiento de la fé y religion cristiana y perdición de las ánimas, que él con los suyos causó, pero también todos los que por ir á cobrar el oro que él perdió cometió el licenciado Espi-

nosa, porque aunque si él no lo hobiera comenzado y sido la dicha causa, otros habían de ir á robar y cometer los ya señalados males, según el ansia é insensibilidad de Pedrarias y de todos los que con él estaban, pero quizá no fueran tan temprano, ó no hicieran tan enormes daños, y entre tanto Dios quizá proveyera de algun obstáculo al mal, y diera remedio para que alguna de tan innumerables ánimas que se perdieron se salvara, ó que quiera ó como quiera que la cosa acabara á él no se le demandara. Cuando Espinosa determinó de se volver al Darien, mandó al capitán Hernán Ponce, que con 40 hombres entrase en los dos navíos, y fuese la costa abajo descubriendo lo que pudiese, el cual, partido de donde estaba, llegó en par del golfo de Ossa, que distaba 90 leguas de Natá, y llegó á cierta tierra de gentes llamados los cuchires, y hallólos aparejados con mucha gente armada para se defender, y los españoles no osaron en tierra saltar. Anduvieron más de 50 leguas la costa abajo, y hallaron un golfo de más de 20 leguas lleno de islas, y es puerto cerrado admirable, llámanlo los indios Chira, y ellos lo llamaron San Lúcar; este es el puerto que dicen de Nicoya, que es una provincia muy fértil y graciosa de Nicaragua. Allí cercan los navíos gran número de canoas, llenas de gente armada, y otra mucha gente que apareció en la costa con sus trompetillas ó cornetas haciendo grandes fieros y amenazas, pero tirados algunos tiros de pólvora, no quedó hombre en la mar ni en la tierra que huyendo no volase. Viendo Hernán Ponce que por allí no podía ganar nada, y que la costa iba adelante, tornóse á juntarse con Espinosa, el cual, ó era ya ido para el Darien, ó alcanzándole lo dejó por mandado de Pedrarias en Panamá.

CAPITULO LXXIV.

* De cómo se reconcilió Pedrarias con Vasco Nuñez por intervencion del Obispo.—Pedrarias casa á su hija mayor con Vasco Nuñez, á quien envía á asentar una villa en el puerto de Acla y que procurase poner por obra en la mar del Sur algunos bergantines para descubrir.—Sale Diego Albitez á saltar y robar las gentes de Veragua.—Vasco Nuñez hace trasportar á lo alto de la sierra la madera y demas cosas necesarias para los bergantines.—De los muchos indios que perecieron en esta obra.

Entre tanto que Espinosa andaba obran-

do las hazañas que hemos contado, Vasco Nuñez estabase en el Darien, no poco desfavorecido de Pedrarias y quasi como preso, porque no se debía fiar dél y porque no se saliese de la mano, como ya fuese con título de Adelantado y admitido á la gracia del Rey. Habíase llegado á la conversacion frecuente del Obispo, don fray Juan Cabedo, y trabajando mucho de ganalle; ó por induccion propia del mismo Vasco Nuñez, ó que el mismo Obispo se moviese á ello de sí mismo, entendió en que Pedrarias perdiese los resabios que tenía contra él, y lo honrase y atrajese á sí é se ayudase dél, y finalmente de él se tiase como de los demas, pues más que otro, así por la experiencia de la tierra, como con las fuerzas y autoridad de ser Adelantado, más que ninguno podía servirle y ayudarle; y para lo atraer á lo que pretendia, como era el Obispo elocuentísimo, representóle lo que Vasco Nuñez había trabajado y padecido en descubrir, diz que, y poblar aquellas tierras y sujetar aquellas gentes al señorío del Rey, é dado la vida á los primeros españoles que en Urabá llegaron, sobre que se había fundado su catedral iglesia, todo lo cual encareció, como él lo sabía encarecer, por grandes y señalados servicios, y certificándole que, según á él parecía, nunca descubriría la tierra, ni sabría los secretos della, si de Vasco Nuñez no hacía fiel amigo. Estas y otras razones le trujo el Obispo á Pedrarias para persuadirlo, el cual, finalmente, se persuadió serle provecho ayudarse de Vasco Nuñez y tenerle por amigo, aunque reconciliado como dicen, y, ó fingia, ó realmente para tenerle más obligado y más á la mano en lo que cometerle y mandarle quisiese, tractó de casarlo con la hija mayor, de dos que en España tenía, llamada Doña María. Hízose el desposorio con autoridad del Obispo y las demas ceremonias que se requerían. En breve determinó Pedrarias de enviar á Vasco Nuñez á que asentase una villa en el puerto de Acla, y de allí adelante procurase de poner por obra en la mar del Sur algunos bergantines para descubrir por ella las riquezas grandes que haber por aquellas tierras tenían concebido. Tomó Vasco Nuñez 80 hombres de los que allí había, y en un navío fué la costa abajo, y, llegando á Acla, halló la fortaleza, que Gabriel de Rojas había hecho, vacía, por haberla desmamparado por temor de los indios. Allí constituyó Alcaldes y Regidores, y púsole nombre la villa de Acla; está

sobre la mar, el puerto es muy hondable, pero, por las grandes corrientes que en él entran y salen, las naos que en él estan ó entran, por echallas á la tierra, padecen gran peligro. Mandó Vasco Nuñez á todos sus compañeros, nuevos vecinos, que, pues ya los indios de aquella provincia eran acabados, y no habia ya que ir á saltar, que cada uno, con los esclavos que tenia, que no andaban sin muchos de ellos, y con sus mismas manos hiciesen sus sementeras, para tener comida. En esto él era el primero, porque era hombre de muchas fuerzas y seria entónces de cuarenta años, y siempre en todos los trabajos llevaba la delantera.

En este tiempo llegó allí á Acla el licenciado Espinosa, con la victoria, y riqueza y esclaveria, que de la tierra de Paris, robado traia, y hecha por todos grande fiesta, por las buenas nuevas, Espinosa con sus satélites se partieron. Vasco Nuñez, como hombre de experiencia, sintiendo que despues de llegados al Darien, y repartido entre todos el oro y despojo que traian, no podian sufrir allí ociosos muchos dias, metióse en un bergantín y fuése tras ellos con intencion de traer consigo la mas gente que pudiese para engrosar su nueva ó negra villa, y para desde allí entender en hacer navios en la mar del Sur, que era por entónces de todos el principal y último fin; horgóse Pedrarias con él y tratándole en lo exterior, y quizá en lo interior tambien, como á hijo, dióle 200 hombres y proveyóle de todo lo que le pidió y convenia para aquel gran viaje, que todos estimaban ser provechoso, con todo lo cual, embarcado en tres navios pequeños, dió á su Acla la vuelta. Llegados á Acla, halló Vasco Nuñez haberse venido á esta isla Española Diego Albitez, á quien debia de haber dejado en su lugar en la villa; vino á esta isla Diego Albitez, con intencion de pedir á los religiosos de Sant Hierónimo, que la gobernaban, licencia para hacer un pueblo en el Nombre de Dios, y de allí tratar del descubrimiento de la mar del Sur. Todos aquellos que se sentian ricos de los grandes robos que habian perpetrado, y destruido aquella tierra, siempre aspiraban y sospiraban por ser cabezas por sí, é no tener á quien acatar por sí, y de éstos era Diego Albitez; los Hierónimos no quisieron entrometerse en hacer mudanza, por lo cual lo remitian á Pedrarias, pero no andaba por eso, sino por salirse de las manos. Diego Albitez, visto esto, fletó un navio, y halló hasta 60 hombres que con él

á ganar aquellos perdones quisieron ir; fué derecho al Darien, y fingió que habia ido por gente y bastimentos, de lo cual Pedrarias mostró rescibir de su ida y vuelta placer, ó de verdad ó fingido, porque era hombre muy recatado y entendido, y tambien como á él le viniese gente y cosas de bastimento, todo lo demas bien lo sufría.

Descansando Diego Albitez algunos dias, quiso sacar á ejercitar en la religion que habia profesado á sus novicios, y así, pedida licencia á Pedrarias, salió á saltar y robar las gentes de Veragua, que tenian sobre todas la fama de muy ricas. Vasco Nuñez no poco sintió la presuncion de Diego Albitez, pero todos disimulando para en su tiempo derramar la ponzoña que del descubrimiento de otros conciben, costumbre muy ordinaria de los mundanos que andan fuera de camino, envió á Compañon, así llamado, sobrino, segun creo, del mismo Diego Albitez, á que viese si en el rio de las Balsas, que ya dijimos salir á la mar del Sur, habria dispusicion para hacer navios. Fué Compañon y vido el rio y halló todo buen aparejo en todo él para hacer los navios y naos que quisiesen, y de camino á la tornada fué á saltar y robar y hacer esclavos las gentes que por aquella tierra vivian, las cuales le resistieron cuanto les fué posible, donde no padesció poco peligro; no entendí que él á los indios, ni los indios á él hobiesen muerto alguno ó herido. Entre tanto que Compañon iba y venia, comenzó Vasco Nuñez á cortar, por su persona primero, madera para principiar los bergantines, y así lo hicieron los que estaban con él; donde labraron toda ó la mayor parte de la madera de cuatro bergantines, para llevalla despues así labrada, al dichorio de las Balsas, y allí formar los bergantines y por él sacarlos á la mar, como al cabo se hizo. Tornó luego Vasco Nuñez á enviar á Compañon con ciertos españoles y 30 negros á la cumbre de las sierras, de donde ya las aguas á la mar del Sur vertian, para que hiciese una casa donde descansasen los que habian de llevar á cuestras la madera labrada, y las anclas y jarcias de los bergantines, y se tuviesen los bastimentos y comida y armas y lo demas para su defensa. Y es de saber aquí, que nunca salian los españoles de una parte á otra que no llevasen muchos indios cada uno, que les llevaban las cargas de su ropa en que dormian, y sus armas y la comida, y hasta los negros esclavos eran de los indios servi-

dos, y llamados perros aporreados y afilidos.

Hecha la casa en lo alto de la sierra, puso por obra luego Vasco Nuñez de subir la madera que estaba ya labrada de los bergantines, hasta ponella en la casa, que habria sus 12 leguas de sierras y rios, que ya se bajaban ya se subian, hasta llegar á la sierra muy alta donde se asentó aquella guarida. Esta madera se cargó sobre los indios que tenian por esclavos, y los que iban á saltar cada dia, y su parte llevaron los negros que no eran sino obra de 30, y tambien cada uno de los españoles llevaba la que podía. Los trabajos que aquí llevando y subiendo esta madera, y clavazon y herramientas, y despues las anclas y la jarcia y todos los demas aparejos necesarios á los bergantines, y despues bajándola hasta el rio, que por todos se padecieron, no pueden ser creidos, pero no se halló que negro ni español muriese dellos, mas de los infelices indios no tuvieron número los que perecieron y concluyeron sus tristes dias; yo ví firmado de su nombre del mismo Obispo, en una relacion que hizo al Emperador en Barcelona el año de 519, cuando él de la tierra firme vino, como mas largo adelante, placiendo á Dios, será referido, que habia muerto el Vasco Nuñez, por hacer los bergantines, 500 indios, y el secretario del mismo Obispo me dijo que no quiso poner mas número porque no pareciese cosa increíble, pero que la verdad era que llegaban ó pasaban de 2.000; y segun el trabajo era, cierto, cualquiera lo debe tener por posible y haber pasado con verdad así, porque llevar hombres desnudos en cueros 24 ó 25 leguas de sierras altísimas, subidas y descendidas, á cuestras madera labrada para hacer cuatro navios, y anclas de hierro de tres, y cuatro, y cinco, y seis quintales, y cables, que son las maromas para las anclas, que pesaban otro tanto y muy poco menos, y otros mil aparejos cuasi tan pesados que los navios requieren, y todo esto sin comer sino un poco de grano de maíz aun no hecho pan, sino como lo comen las aves ó las bestias, ¿qué hombres aunque tuvieran cueros en parte formados de materia de hierro lo pudieran sufrir sin morir? Y porque los indios allí perecian con aquel ejercicio, enviaba Vasco Nuñez cuadrillas á cazar indios, donde quiera que se creia que estarían escondidos, porque toda la tierra estaba huida por los montes por miedo dellos, y se meterian en los abismos; despues

que hacian alguna cara, juntos para resistir á los españoles, y como vian no poder contra ellos prevalecer, se desparcian escondiéndose por las montañas á cuadrillas, ó á linajes, ó á familias, y destos sabian, porque cuando tomaban algun indio á poder de grandes tormentos le hacian descubrir los lugares secretos donde se habian metido. Daban en ellos cuando mas olvidados y secretos creian que estaban, y muertos los primeros que topaban á cuchilladas y estocadas, y de los perros desgarrados y despedazados, á los demas que tomaban á vida, leñales el requerimiento, estándolos atando en traillas; y puesto que todas ó muchas veces desta manera se hacia, en especial se hizo entendiendo Vasco Nuñez en la obra destos navios.

CAPITULO LXXV.

* Del objeto para el cual repartió Vasco Nuñez toda la gente que tenia, en tres capitanías.—De las dificultades que se opusieron para la construcción de los navios.—A la vuelta de Francisco Compañon ponen en el rio las anclas, jarcias y demas.—Vuelve Bartolomé Hurtado con 60 hombres que le dió Pedrarias y otras cosas.—Echados al agua dos bergantines navega Vasco Nuñez á la isla de las Perlas.—Desmientese la noticia de una carta que se supone escrita por el arzobispo D. Diego de Deza.—Prosigue Vasco Nuñez su navegación y llega á la tierra de cacique Chucama, y despues de robar y cautivar se vuelve á la isla.—Del motivo por el cual mandó á Francisco Garavito á la villa de Acla.

Pasada la madera, que en Acla pudo hacer que se labrase, al rio de las Balsas, porque no era para más de los dos bergantines ó navios, y habiase de aparejar para otros dos, repartió Vasco Nuñez toda la gente que tenia, españoles, negros é indios, en tres capitanías. A la una dió cargo que cortase y asentase madera; á la segunda, que arrancase de Acla las anclas, y clavazon de jarcia y todos los demas instrumentos y aderezos; á la tercera, que fuese á robar los mantenimientos que por la tierra de los alrededores hobiese, y á vueltas, cuantos indios pudiesen traer captivos. Comenzó Dios á mostrar lo que en aquellas obras le servian, porque quanto trabajaron en cortar la madera y aser-

ralla en Acla y mar del Norte, y después en llevalla los tristes indios á cuestras por tan aspérrimos é intolerables caminos, todo se les convirtió en vacío, por ser la madera de allí en tierra que estaba muy cerca de la mar salada, y así fué luego de gusanos comida, de donde sucedió serles necesario cortalla de nuevo en el río; habiendo pues cortado mucha della, y quizá también aserrándola, ya que querían poner el astillero, que es comenzar los bergantines, vinieron de súbito tan grandes avenidas que les llevó el río parte de la madera, y parte soterró la lama y cieno, subiendo el agua dos estados encima. No tuvieron todos otro remedio para no se ahogar, sino subirse sobre los árboles, á donde puestos no estaban sin mucho peligro; aquí desmayó Vasco Nuñez, viendo tanta dificultad en la obra de sus negros navíos, por la cual quiso volverse á su villa de Acla, y dejarse de aquella demanda, como aborrido. Ayudábale á se volver la hambre que padecían; y parece que los de la tercera cuadrilla, á quien dió cargo de ir á robar mantenimientos y indios, no acudían. Francisco Compañon se ofreció á pasar á la otra banda del río á buscar gente y comida, y pasó con algunos por cierta puente que hicieron de ciertos vejucos y raíces, que ataron algunos nadadores de las ramas de los árboles; aunque la puente fué tal, que pasaron el agua sobre la cinta, y algunas veces llegábales hasta los pechos. Andaba Vasco Nuñez comiendo raíces, de donde se podrá congeturar que debían de padecer 500 ó 600 indios que allí tenían, y cuántos de hambre morían; finalmente, hobo de irse á Acla, puesto que no con el primer motivo, sino para proveer de algun mantenimiento y de gente española, si del Darien ó de las islas de nuevo viniese, para lo cual envió al Darien á Hurtado, y traer las anclas y jarcia, y dar en todo prisa.

En esto vino Francisco Compañon, que había robado toda la tierra de comida y de indios que trujo captivos, en los cuales, como en acémilas, cargó todo lo que para llevar tenía, y sobre sus hombros, anclas, y jarcias, y velas, y cables, y clavazon y cuánto había, pusieron en el río. Volvió Bartolomé Hurtado con 60 hombres que le dió Pedrarias y otras cosas que Vasco Nuñez le envió á pedir, y tomado nuevo ánimo, torna Vasco Nuñez al río, con la gente de españoles y indios, y todo reciaudo para proseguir á la obra de sus bergantines, y con jumbiosos trabajos y hambre y muér-

te de indios, comenzó y acabó dos dellos; los cuales hechos, y echados al agua, y proveidos de lo que les era menester para navegar, metióse con los españoles que cupieron en ellos, y navega á la isla mayor de las de las Perlas. Y entre tanto los demás, pocos á pocos, los bergantines los traían, trabajó de robar y allegar cuanto bastimento en la isla pudo, lo uno, diz que, para subjeter las gentes della por hambre, y lo otro para tener con qué los que allí estuviesen sustentarse. Díjose que, andado en esto Vasco Nuñez, rescibió una carta del arzobispo de Sevilla, D. Diego de Deza, de quien hobimos en el primer libro hablado, que fué alguna parte para el descubrimiento destas Indias, siendo el maestro del príncipe D. Juan, en la cual le decia que había sabido haber descubierto la mar del Sur, y que tuviese por cierto, que si proseguía por el Poniente la tierra hallarian indios de lanza y armaduras de cuerpo, y si corriese hácia el Oriente que toparian grandes riquezas y ganados infinitos. Esto creo yo que es patraña, porque el arzobispo de Sevilla, siendo tan prudente y tan sabio, no podía adivinar lo que nunca leyó, vido ni oyó, ni hombre imaginó de todos los pasados, y no había de poner su gravedad y autoridad en boca del vulgo, no saliendo como él denunciaba; porque por su revelacion tampoco hemos de creer que lo había alcanzado, porque si así fuera, primero y no á otro sino sólo al Rey Católico, que mucho lo anaba, lo significara.

Así que, Vasco Nuñez, después de robada la isla grande de las Perlas y escandalizada, y quizá muerta y captiva mucha gente della, comenzó á navegar hácia la tierra firme, la vuelta del Oriente, con ciento y tantos hombres, porque los indios que tenían captivos por aquella parte haber oro les señalaban; y ésta fué otra segunda ó tercera nueva ó señal de la grandeza de las riquezas del Perú. Yendo, pues, sobre un puerto que llamaron puerto ó punta de Piñas, 25 leguas ó alguna más pasada la punta ó cabo del golfo de Sant Miguel, hallaron gran número de ballenas, que parecían punta ó cabo de peñas que salían gran trecho á la mar; temieron los marineros de se allegar porque venía la noche, y arribaron á otra punta con intencion de, siendo de dia, tornar á su viaje, y porque les hizo el viento contrario, acordó Vasco Nuñez de ir á dar en tierra del cacique Chacama, por vengar

los españoles que allí habían muerto á Gaspar de Morales, de que se hizo mencion arriba en el capítulo 64. Salieron las gentes de allí á resistillos, pero como siempre ha de caer sobre ellos la mala ventura, como en gente desnuda, sólo dan de sí muestra que si fuesen armados y las armas tales como las nuestras, otro gallo, para su natural defensa y contra nuestra injusticia, les cantara; así que, muertos muchos dellos, los vivos pusieron en huida. Anduvo algunos dias robando y captivando y destruyendo aquellas provincias. Tornóse á la isla, y allí apareja de hacer cortar madera, y comenzar los otros dos bergantines ó pequeños navíos; faltábale algun hierro y pez y otras cosas para acabar los bergantines, por lo cual acordó de enviar á Acla por ello.

Y porque tenia ya nueva que el Emperador era venido á reinar á Castilla, y que había proveido á un caballero de Córdoba, llamado Lope de Sosa, por Gobernador de tierra firme, quiso también Vasco Nuñez que supiesen si era venido, ó qué nueva se tenia de su venida, porque, quitada la gobernacion á Pedrarias, su suegro, consiguiente cosa era quitarle los navíos y dar la empresa á alguno de los que traía consigo. Temiendo, pues, esto, una noche, hablando con un Valderrábano y con un clérigo llamado Rodrigo Perez, díjoles: "Segun lo mucho que há que vinieron las nuevas, que el Rey tenia proveido por Gobernador á Lope de Sosa desta tierra firme, no parece posible que ó no sea venido ó no haya nueva de ser cercana su venida, y, si es venido, Pedrarias, mi señor, ya no tiene la gobernacion, y así nosotros quedamos defraudados de nuestros deseos, y tantos trabajos como en esto habemos puesto quedan perdidos; paréceme, pues, que para haber noticia de lo que nos conviene será bien que vaya el capitán Francisco Garavito á la villa de Acla, con demanda del hierro y pez que nos falta, y sepa si es venido, porque si lo fuere se torne, y nosotros acabaremos como pudiéremos estos navíos y proseguiremos nuestra demanda, y, como quiera que nos suceda, de creer es que el que gobernase nos rescibirá de buena voluntad porque le ayudemos y sirvamos; pero si el Pedrarias, mi señor, todavía tuviere la gobernacion, dalle han parte del estado en que quedamos y proveerá de lo que pedimos, y partirnos hemos á nuestro viaje, del cual espero en Dios que nos ha de suceder lo que tanto desea-

mos." Díjose, que cuando este Vasco Nuñez hablaba comenzó á llover, y que la guardia, persona que velaba su cuarto, se recogió á la sombra y debajo del tejado de la casa donde Vasco Nuñez estaba por no mojarse, el cual oyó como decia que convenia irse con los navíos su viaje, no entendiendo mas de la plática, ni por qué causa; y ampliado en su pensamiento que aquello era quererse huir de Pedrarias, y con esta opinion ó error, calla y no da parte á nadie, hasta que fué tiempo de dañar diciéndolo á Pedrarias.

CAPITULO LXXVI.

* Llega Francisco Garavito á la villa de Acla.— De las causas que influyeron para que Pedrarias se indispusiese con Vasco Nuñez, á quien mandó llamar fingiendo que tenia que comunicarle cosas necesarias para su viaje.—Manda á Francisco Pizarro con gente armada para que le prenda.—Prediccion de micer Codro.—Llega Vasco Nuñez á Acla y es aprehendido por orden de Pedrarias, que manda proceder contra él con todo el rigor de justicia.—De cómo fué decapitado Vasco Nuñez, y de los otros que sufrieron igual pena.

Pareció bien á los con quien hablaba Vasco Nuñez su intento y palabras, y aprobáronsele, y en prosecucion dello llamó á Francisco Garavito, y dale dello parte, y con 40 hombres despáchalo para Acla; llegados á Acla, hallan que Lope de Sosa no era venido, y que Pedrarias como de antes gobernaba. Díjose que cuando Vasco Nuñez se partió para el río de las Balsas, debia ser la postrera vez, Andrés Garavito escribió á Pedrarias que Vasco Nuñez iba como alzado, y con intencion nunca mas á obedecelle, ni estar á su obediencia y mandado, y Pedrarias como siempre dél estuvo sospechoso, que nunca pudo tragallo, poco era menester para que lo creyese por verdad, porque corazon que sospecha una vez alterado fácil cosa es en aquello que teme del todo derrocallo. Dijeron que esta falsedad ó testimonio falso, ó quizá verdad, escribió Garavito á Pedrarias, porque Vasco Nuñez, por una india que tenia por amiga, que arriba en el cap. 40 dijimos el cacique Careta haberle dado, le habia de palabra maltratado. Dos dias ó tres después de llegado